

y Gálvez en los baños de vapor. No hay aquí ningún obvio simbolismo de purificación. Sólo, para Mauricio Gálvez, lo que él mismo aclara:

“Es ridículo, mi nueva vida comienza en un baño. Estoy desnudo, es así como se nace” (pág. 219).

JAIME CONCHA

<https://doi.org/10.29393/At411-20HMGD10020>

*El hombre en la montaña*, novela de EDGARDO GARRIDO MERINO

Se ha dicho y se ha repetido —con mucha razón y no pocos argumentos—, que Edgardo Garrido Merino, el autor de *El hombre en la montaña* (Ed. Nascimento), es uno de nuestros mejores estilistas, superior, a nuestro juicio, a Augusto D'Halmar en su castiza novela *Pasión y muerte del cura Deusto*.

*El hombre en la montaña* es un libro español escrito por un chileno. Es español por los escenarios, por el ambiente, por sus personajes, por su rico y castizo lenguaje, por el espíritu que anima sus admirables páginas. El autor vivió largos años en España. Aprendió a amarla, a comprenderla, a admirarla con ojos de artista sediento de belleza. Y el resultado no podía ser otro que esta pequeña joya literaria de las letras nacionales.

Edgardo Garrido Merino nos ha demostrado, tal vez sin proponérselo, lo que puede lograr un escritor cuando es fiel a sí mismo y escribe con amor y profunda admiración. La novela se desarrolla en la aldea de Fuenclara de Gállego, en los agrestes Pirineos españoles, entre riachuelos que descienden desde las cumbres saltando sobre las peñas. Allí, después de larga ausencia, llega el médico Andrés Lucena en busca de reposo físico y paz espiritual. El autor, en una prosa de admirable justeza idiomática matizada con algunos modismos regionales, nos introduce a la vida familiar de Agustina y Julián, su marido, un hombre enfermo, apocado y prematuramente envejecido; nos presenta al tío Lanillas, el pastor octogenario, que representa la vitalidad de los montañeses de Aragón. Otros personajes descritos con certera pupila de observador son Mosen Ignacio, Sebastián Moliné, Vicenta y Basilia, que representan a la vez el carácter, a veces la tozudez, de los montañeses de Fuenclara.

No podríamos asegurar que el tema central de la novela sea novedoso. Andrés Lucena, hombre de la ciudad, enamorado de Agustina, mujer de su primo Julián, no es sino una variación del eterno triángulo amoroso que ha sido tratado por diferentes autores en diversas lenguas. El valor de esta novela reside —a nuestro juicio— en su bello estilo, en su prosa de alta categoría estética.

Andrés Lucena, el protagonista, puede ser un símbolo del desencanto del hombre en su constante persecución de la verdad y la belleza. Creyó encontrar en Fuenclara un mundo nuevo, con hombres y mujeres diferentes, ajenos al odio, a las rencillas, a las bajas pasiones endémicas en las grandes ciudades. Vano intento. Encontró hombres y mujeres —más rústicos, es cierto— pero con las mismas bajas pasiones, envidias y rencores que los que había conocido en sus andanzas por el mundo.

Garrido Merino, como Rubén Azócar, Edmundo Concha y otros escritores, ha entregado solamente un libro representativo de su talento y vocación literaria. Ignoramos los motivos que ha tenido este brillante prosista para escribir tan poco. A veces, la autocrítica mata la espontaneidad de la creación artística. Lo cierto es que Edgardo Garrido Merino con su *El hombre en la montaña*, está definitivamente incorporado a la literatura nacional con el rango de magnífico prosista.

GONZALO DRAGO

*Manuel Gutiérrez Nájera. Florilegio crítico-conmemorativo*, por BOYD G. CARTER y JOAN L. CARTER. México: Ediciones de Andrea, 1966. (134 pp.)

En el proceso de revaloración y mejor entendimiento de la obra de *El Duque Job*. Boyd G. Carter ocupa un lugar destacado. Junto al desaparecido Dr. E. K. Mapes y al joven hispanista Iván A. Schulman, es el profesor Carter uno de los estudiosos que más se han distinguido por sus trabajos sobre Gutiérrez Nájera. Bastará que recordemos en esta nota dos de sus libros: *Manuel Gutiérrez Nájera, estudio y escritos inéditos* (México: Ediciones de Andrea, 1956) y *En torno a Gutiérrez Nájera y las letras mexicanas del siglo XIX* (México: Ediciones Botas, 1960), importantes contribuciones para el buen conocimiento del poeta y prosista mexicano cuyo relieve se aclara ahora que la crítica vuelve a revisar el problema de los iniciadores del modernismo. Los citados investigadores han recogido la admonición tempranamente expresada por Díaz Dufoo, en la hora de la muerte de Gutiérrez Nájera: "Es necesario unir los hilos dispersos de esta vida intelectual, reconstruir la obra del poeta" (p. 30 de este mismo libro).

La preocupación exegética de Carter por el autor de *Cuentos frágiles* le ha llevado a reunir, en un volumen, copioso número de notas, artículos y poesías que se publicaron con motivo de la muerte del escritor mexicano. En su mayoría provienen de la revista que éste fundara con Carlos Díaz Dufoo, la *Revista Azul*, de tanta trascendencia en el modernismo de México y de la América hispánica. La recopilación del material fue hecha por el Dr. Carter, con el auxilio de su esposa, Joan L. Carter, fallecida en 1963. Junto a dicho material se incluye, traducido, el artículo de Carter en que resume las principales publicaciones aparecidas en los años que anteceden al centenario de Gutiérrez Nájera, y que constituye un resumen de las labores de la crítica en torno a la obra de *El Duque Job*.

*Manuel Gutiérrez Nájera* viene precedido por un prólogo que firma una de las hijas del poeta, Margarita.

El contenido del volumen muestra un carácter vario. Habría que hacer un distingo entre las notas y artículos que tienen meramente un carácter circunstancial necrológico y aquellos que, en cambio, alcanzan una categoría crítica. Entre los últimos, separar los que logran un valor en sentido histórico y los que aún poseen valor de exégesis, como ocurre con el estudio de Luis Berisso; como éste se publicó primitivamente en *La Biblioteca* de Groussac y el escritor francoargentino mantuvo para esa revista una exigen-